

ITALO CALVINO

EL CABALLERO INEXISTENTE



Calvino nos traslada a uno de sus universos experimentales favoritos, el de los romances de caballerías. Nada más empezar encontramos al emperador Carlomagno pasando revista a sus tropas antes del combate contra los infieles. Último de la fila de sus paladines el rey descubre a Agilulfo, cuya prístina armadura blanca no encierra a un hombre ni a ser viviente alguno. Preguntado por lo insólito de su circunstancia, Agilulfo declara existir únicamente debido al rigor por el que sigue las normas de la caballería y por el fervor de su servicio al rey. Complacido por la respuesta, Carlomagno no le da más vueltas. Como siempre en Calvino, el disparatado protagonista no da él sólo la clave de la interpretación de la novela. Ésta se encuentra en su interacción con el mundo y el resto de los personajes.

Leer *El caballero inexistente* es una grata experiencia. Hay aventuras y peripecias que se suceden unas detrás de otra, todo bajo el signo del humor cáustico de Calvino. Pero su imaginario existencial es algo en lo que merece uno detenerse, después de haber disfrutado con su creatividad, para intentar descifrar su sentido poético. Hay una moraleja en esta novela: A existir también se aprende.

Prólogo

Con la historia de un caballero que no existe, Agilulfo Emo Bertrandino de los Guildivernos y de los Otros de Corben-traz y Sura, nombre que por sí solo podría llenar una armadura entera, llegamos al final de la trilogía que Italo Calvino consagró en la década de los 50 a nuestros antepasados y cuyos títulos anteriores (*El vizconde demediado* y *El barón rampante*) se han publicado ya en esta colección.

Al igual que en el caso de las otras novelas del ciclo, el mecanismo que desencadena en la mente del autor *El caballero inexistente* es una imagen: una armadura que anda y que por dentro está vacía. Y como ocurría con las precedentes, nada más lúcido que la propia reflexión de Calvino sobre la tesis y la intención de este relato:

«Del hombre primitivo que, al ser todo uno con el universo, podía denominarse aún inexistente, por indiferenciado de la materia orgánica, hemos llegado lentamente al hombre artificial que, siendo todo uno con los productos y las situaciones, es inexistente porque ya no se roza con nada, ya no se relaciona (lucha, y a través de la lucha, armonía) con lo que (naturaleza e historia) está a su alrededor, sino que se limita a “funcionar” abstractamente».

Ya tenemos a Agilulfo —el caballero— y a Gurdulú —su escudero—, suma abstracción el uno y exagerada corporeidad el otro. Pero no se trata de meros esquemas. Al escribir su historia, en 1959, Calvino refleja en la divertida peri-

peca del caballero sin existencia real la atmósfera de aquellos años en los cuales el equilibrio mundial estaba dominado por la guerra fría y la tensión. El libro, escrito en una época de perspectivas históricas más inseguras que 1951 o 1957 (fecha de composición de los otros dos), ofrece también un mayor esfuerzo de interrogación filosófica, no incompatible con un gran abandono lírico.

Sigamos el hilo de la reflexión de Calvino:

«Agilulfo, el guerrero que no existe, tomó los rasgos psicológicos de un tipo humano muy difundido en todos los ambientes de nuestra sociedad; mi trabajo con ese personaje se presentó fácil de inmediato. De la fórmula Agilulfo (inexistencia provista de voluntad y conciencia) saqué, con un procedimiento de contraposición lógica (es decir, partiendo de la idea para llegar a la imagen, y no viceversa, como hago de ordinario), la fórmula existencia carente de conciencia, o sea, identificación general con el mundo objetivo, e hice al escudero Gurdulú. Este personaje no consiguió tener la autonomía psicológica del primero. Y es comprensible porque prototipos de Agilulfo se encuentran por doquier, mientras que los prototipos de Gurdulú se encuentran sólo en los libros de los etnólogos».

A Agilulfo y Gurdulú vienen a sumarse para el desarrollo de la ficción novelesca otros personajes; frente a los modelos puros, a las ideas encarnadas en los nombres, otros individuos en los que la existencia y la inexistencia luchan en el interior de una misma persona: Rambaldo, paladín stendhaliano, busca las pruebas del existir por medio del hacer; Torrismundo ha de comprobar que existe, no en la práctica y la experiencia, sino en la búsqueda de algo distinto de sí, de lo previo a él —sus «padres», los Caballeros

del Santo Grial—. Como lógico complemento, dos figuras femeninas: Bradamante, el amor como pugna, como guerra, y Sofronia, el amor como paz.

«Ahora tenía todos los elementos que quería — prosigue el análisis calviniano—; bastaba con dejarlos mover por la pizca de trepidación existencial que llevaban en sí; pero esta vez no me dejaría meter en la peripecia como en *El barón rampante*, es decir, no acabaría creyendo en lo que contaba; aquí el relato era y debía ser lo que se llama un “divertimento”. Esta fórmula del “divertimento” yo la he entendido siempre en el sentido de que quien debe divertirse es el lector; es decir, que no significa que sea una diversión para el escritor, el cual debe narrar con distanciamiento, alternando impulsos en frío e impulsos en caliente, autocontrol y espontaneidad, y en realidad ése es el modo de escribir que proporciona más cansancio y más tensión nerviosa. Pensé entonces en extrapolar este esfuerzo mío de escribir haciendo con él un personaje, e hice la monja escribiente, como si fuera ella la que narraba, y esto servía para darme impulsos más reposados y espontáneos, y sacaba adelante lo demás».

La presencia de un «yo» narrador comentarista es una constante del ciclo —el sobrino niño del Vizconde, el Biagio de Rondò hermano y cronista del Barón—, pero en esta novela presenta una acusada novedad, esboza un tema que Calvino ha tratado admirablemente, a lo largo, a lo ancho y en profundidad, en su hasta ahora última novela: *Se una notte d'inverno un viaggiatore* (Einaudi, 1979). Se trata del propio acto de escribir, de la relación entre la complejidad de la vida y la hoja en la que esa complejidad se dispone en forma de signos alfabéticos, del grafo y su recepción

por el lector, en suma: «el arte de escribir historias está en saber sacar de lo poco que se ha comprendido de la vida todo lo demás: pero acabada la página se reanuda la vida y una se da cuenta de que lo que sabía es muy poco». Esta reflexión de la monja escribiente al inicio del capítulo VI encubre, a mi entender, la soberbia legítima de quien es perfectamente consciente de que al poner en pie todo un coherente mundo de ficción nos está enseñando a comprendernos mejor a nosotros mismos. Sor Teodora, el «yo-narrador», que no aparece hasta el capítulo IV, va ocupando progresivamente un primer plano, la historia se va convirtiendo en la historia de la pluma de oca de la monjita corriendo sobre el papel en blanco, para terminar con una pirueta narrativa, un golpe de escena que cierra con su broche de oro la narración.

El fondo sobre el que se mueven nuestros personajes nada tiene de novela histórica. El humor de Calvino se desborda en una recreación puramente fantástica, en ocasiones disparatada y anacrónica —los tenedores que utiliza Agilulfo en el capítulo del banquete sólo se introdujeron en las mesas palaciegas muchos siglos después—, como se da a menudo en la tradición popular, de diversos ambientes: primero y principal, el de los paladines que rodean a Carlomagno y el propio emperador de los francos, vistos con ojos desmitificadores; las absurdas etiquetas y reglas de una guerra que dura años y años ponen en solfa la heroicidad y evocan las *routines* de un ejército victorioso. Los personajes de este coro proceden todos de la tradición caballeresca, común tanto a Italia como a España y Francia, y de ahí que sus nombres —Roldan, Palmerín, Reinaldo— nos suenen familiares. Exclusivamente italiana es en cambio Bradamante —que no es «coro» sino personaje—: las mujeres guerreras son totalmente ajenas a la epopeya francesa, mientras que en la literatura caballeresca italiana abundan: Flordelís, Marfisa, etc. En nuestro romancero encontraremos, sí, alguna doncella guerrera, pero sus motivaciones

para hacer la guerra no están basadas en el amor al riesgo o a la aventura; siempre se presenta como esencialmente femenina, como sustitutivo de un varón que no existe: «¡No reventaras, condesa, / por medio del corazón, / que me diste siete hijas, / y entre ellas ningún varón! /... / No maldigáis a mi madre, / que a la guerra me iré yo; / me daréis las vuestras armas, / vuestro caballo trotón...». Y cuando la doncella regresa al castillo paterno, tras servir al rey dos años, tiene efusiones líricas con las que se moriría de risa la italiana Bradamante: «Campanitas de mi iglesia / ya os oigo repicar; / puentecito, puentecito / del río de mi lugar, / una vez te pasé virgen, / virgen te vuelvo a pasar». Otro de los «coros» es el de los Caballeros del Santo Grial, ejemplificación del existir como experiencia mística, como anulación en el Todo, con resonancias wagnerianas y orientales (el budismo de los samuráis). Y como contraposición a ellos, el pueblo de los curvaldos, tan oprimidos que ni saben que existen, pero que cuando tomen conciencia de su estar en el mundo, rebelándose contra los caballeros, ya no querrán seguir sirviendo a otros señores, sino que aspirarán a vivir entre iguales —y en esto se anticipan a la revolución urbana de los siglos XI-XIII.

Todos estos elementos se aúnan para formar una trama trepidante, imaginativa, fantástica, en la que, de la mano de sor Teodora, seguimos a nuestros personajes por dos continentes en una peripecia que pretende, en sustancia, que nos replanteemos la relación justa entre la conciencia individual y el curso de la historia. Para cerrar estas palabras de presentación oigamos de nuevo la voz de Calvino en el prólogo que escribió para la edición conjunta de los tres relatos:

«También sois muy dueños de interpretar como queráis estas tres historias, y no debéis sentirnos atados en absoluto por la declaración que acabo de ha-

cer sobre su génesis. He querido hacer una trilogía de experiencias sobre cómo realizarse en tanto que seres humanos: en *Il cavaliere inesistente* la conquista del ser, en *Il visconte dimezzato* la aspiración a una plenitud por encima de las mutilaciones impuestas por la sociedad, en *Il barone rampante* una vía hacia la plenitud no individualista, alcanzable mediante la fidelidad a una autodeterminación individual. Tres grados de acercamiento a la libertad. Y al mismo tiempo he querido que fueran tres historias "abiertas", como suele decirse, que ante todo se tengan en pie como historias, por la lógica del sucederse de sus imágenes, pero que comiencen su verdadera vida en el imprevisible juego de interrogaciones y respuestas suscitadas en el lector. Quisiera que pudieran ser vistas como un árbol genealógico de los antepasados del hombre contemporáneo, en el que cada rostro oculta algún rasgo de las personas que tenemos a nuestro alrededor, de vosotros, de mí mismo».

Adelante, pues: comience el lector con ese imprevisible juego, al que ya muchos antes que él jugaron.

ESTHER BENÍTEZ

I

Bajo las rojas murallas de París estaba formado el ejército de Francia. Carlomagno tenía que pasar revista a los paladines. Ya hacía más de tres horas que estaban allí; era una tarde calurosa de comienzos de verano, algo cubierta, nubosa; en las armaduras se hervía como dentro de ollas a fuego lento. No se sabe si alguno en aquella inmóvil fila de caballeros no había perdido ya el sentido o se había adormecido, pero la armadura los mantenía erguidos en la silla a todos por igual. De pronto, tres toques de trompa: las plumas de las cimeras se sobresaltaron en el aire quieto como por un soplo de viento, y enmudeció enseguida aquella especie de bramido marino que se había oído hasta entonces, y que era, por lo visto, un roncar de guerreros oscurecido por las golas metálicas de los yelmos. Finalmente helo allí, divisaron a Carlomagno que avanzaba, al fondo, en un caballo que parecía más grande de lo normal, con la barba sobre el pecho, las manos en el pomo de la silla. Reina y guerra, guerra y reina, dale que dale, parecía un poco envejecido, desde la última vez que lo habían visto aquellos guerreros.

Detenía el caballo ante cada oficial y se volvía para mirarlo de arriba abajo.

—¿Y quién sois vos, paladín de Francia?

—¡Salomón de Bretaña, sire! —respondía aquél en alta voz, alzando la celada y descubriendo el rostro acalorado; y añadía alguna información práctica, como—: Cinco mil caballeros, tres mil quinientos infantes, mil ochocientos servicios, cinco años de campaña.

—¡Cierra con los bretones, paladín! —decía Carlos, y tac-tac, tac-tac, se acercaba a otro jefe de escuadrón.

—¿Y quién sois vos, paladín de Francia? —reiteraba.

—¡Oliverio de Viena, *sire*! —pronunciaban los labios en cuanto se había levantado la rejilla del yelmo. Y—: Tres mil caballeros escogidos, siete mil de tropa, veinte máquinas de asedio. Vencedor del pagano Fierabrás, ¡por la gracia de Dios y para gloria de Carlos, rey de los francos!

—Bien hecho, bravo por el vienés —decía Carlomagno, y a los oficiales del séquito—: Flacuchos esos caballos, aumentadles la cebada. —Y seguía adelante—: ¿Y quién sois vos, paladín de Francia? —repetía, siempre con la misma cadencia.

—¡Bernardo de Mompolier, *sire*! Vencedor de Brunamente y Galiferno.

—¡Bonita ciudad, Mompolier! ¡Ciudad de bellas mujeres! —y al séquito—: A ver si lo ascendemos de grado. —Cosas que dichas por el rey son de agrado, pero eran siempre las mismas monsergas, desde hacía muchos años.

—¿Y quién sois vos, con ese blasón que conozco?

Conocía a todos por las armas que llevaban en el escudo, sin necesidad de que dijeran nada, pero así era la costumbre: que fueran ellos quienes le descubrieran el nombre y el rostro. Quizá porque de lo contrario, alguno, con algo mejor que hacer que tomar parte en la revista, habría podido mandar allí su armadura con otro dentro.

—Alardo de Dordoña, del duque Amón...

—Estupendo Alardo, ¿qué dice papá? —y así sucesivamente. «Tata-tatatá, tata-tata-ta-tatá».

—¡Gualfredo de Monjoie! ¡Ocho mil caballeros excepto los muertos!

Ondeaban las cimeras.

—¡Ugier el Danés! ¡Namo de Baviera! ¡Palmerín de Inglaterra!

Anocheecía. Los rostros, entre el ventalle y la babera, ya no se distinguían tan bien. Cada palabra, cada gesto era ya

previsible, como todo en aquella guerra que tanto duraba, cada encuentro, cada duelo, conducido siempre según aquellas reglas, de modo que se sabía ya antes de que ocurriera quién tenía que vencer, o perder, quién tenía que ser el héroe, quién el cobarde, a quién le tocaba quedar despanzurrado y a quién salir bien librado con una caída y una culada en el suelo. En las corazas, por la noche, a la luz de las antorchas, los herreros martilleaban siempre las mismas abolladuras.

—¿Y vos?

El rey había llegado ante un caballero de armadura toda blanca; sólo una pequeña línea negra corría alrededor, por los bordes; aparte de eso era reluciente, bien conservada, sin un rasguño, bien acabada en todas las juntas, adornado el yelmo con un penacho de quién sabe qué raza oriental de gallo, cambiante con todos los colores del iris. En el escudo había dibujado un blasón entre dos bordes de un amplio manto drapeado, y dentro del blasón se abrían otros dos bordes de manto con un blasón más pequeño en medio, que contenía otro blasón con manto todavía más pequeño. Con un dibujo cada vez más sutil se representaba una sucesión de mantos que se abrían uno dentro del otro, y en medio debía haber quién sabe qué, pero no se conseguía descubrirlo, tan pequeño se volvía el dibujo.

—Y vos ahí, con ese aspecto tan pulcro... —dijo Carlomagno que, cuanto más duraba la guerra, menos respeto por la limpieza conseguía ver en los paladines.

—¡Yo soy —la voz llegaba metálica desde dentro del yelmo cerrado, como si fuera no una garganta sino la misma chapa de la armadura la que vibrara, y con un leve retumbo de eco— Agilulfo Emo Bertrandino de los Guildivernos y de los Otros de Corbentraz y Sura, caballero de Selimpia Citerior y de Fez!

—Aaah... —dijo Carlomagno, y del labio inferior, que sobresalía, le salió incluso un pequeño trompeteo, como diciendo: «¡Si tuviera que acordarme del nombre de todos,

estaría fresco!». Pero enseguida frunció el ceño—. ¿Y por qué no alzáis la celada y mostráis vuestro rostro?

El caballero no hizo ningún ademán; su diestra enguantada con una férrea y bien articulada manopla se agarró más fuerte al arzón, mientras que el otro brazo, que sostenía el escudo, pareció sacudido como por un escalofrío.

—¡Os hablo a vos, eh, paladín! —insistió Carlomagno—. ¿Cómo es que no mostráis la cara a vuestro rey?

La voz salió clara de la babera.

—Porque yo no existo, *sire*.

—¿Qué es eso? —exclamó el emperador—. ¡Ahora tenemos entre nosotros incluso un caballero que no existe! Dejadme ver.

Agilulfo pareció vacilar todavía un momento, luego, con mano firme, pero lenta, levantó la celada. El yelmo estaba vacío. Dentro de la armadura blanca de iridiscente cimera no había nadie.

—¡Pero...! ¡Lo que hay que ver! —dijo Carlomagno—. ¿Y cómo lo hacéis para prestar servicio, si no existís?

—¡Con fuerza de voluntad —dijo Agilulfo—, y fe en nuestra santa causa!

—Muy bien, muy bien dicho, así es como se cumple con el deber. Bueno, para ser alguien que no existe, ¡sois avisado!

Agilulfo cerraba la fila. El emperador había ya pasado revista a todos; dio vuelta al caballo y se alejó hacia las tiendas reales. Era viejo, y procuraba alejar de su mente los asuntos complicados.

La trompa tocó el «rompan filas». Hubo la desbandada de caballos de costumbre, y el gran bosque de lanzas se plegó, se movió ondulante como un campo de trigo cuando pasa el viento. Los caballeros bajaban de la silla, movían las piernas para desentumecerse, los escuderos se llevaban los caballos de la brida. Después, de la confusión y la polvareda se destacaron los paladines, agrupados en corrillos en los que se agitaban las cimeras coloreadas, para des-

ahogarse de la forzada inmovilidad de aquellas horas con bromas y bravatas, con chismes de mujeres y honores.

Agilulfo dio unos pasos para mezclarse con uno de estos corrillos, luego sin ningún motivo pasó a otro, pero no se abrió paso y nadie se fijó en él. Permaneció un poco indeciso detrás de éste o aquél, sin participar en sus diálogos, y luego se apartó. Oscurecía; sobre la cimera las plumas irisadas parecían todas ahora de un único e indistinto color; pero la armadura blanca resaltaba aislada sobre el prado. Agilulfo, como si de repente se hubiese sentido desnudo, hizo ademán de cruzar los brazos y encogerse los hombros.

Después se recobró y, a grandes pasos, se dirigió hacia las caballerizas. Cuando llegó, encontró que el cuidado de los caballos no se llevaba a cabo según las reglas, reprendió a los palafreneros, impuso castigos a los mozos, inspeccionó todos los turnos de faenas, redistribuyó las tareas explicando minuciosamente a cada uno cómo había que ejecutarlas y haciéndose repetir lo que había dicho para ver si habían entendido bien. Y como a cada momento sacaba a relucir las negligencias en el servicio de los colegas oficiales paladines, los llamaba uno a uno, sustrayéndolos a las dulces conversaciones ociosas de la noche, y debatía con discreción, pero con firme exactitud sus faltas, y los obligaba a ir de piquete a uno, de guardia a otro, de patrulla al de más allá, y así sucesivamente. Tenía siempre razón, y los paladines no podían sustraerse, pero no escondían su descontento. Agilulfo Emo Bertrandino de los Guilddivernos y de los Otros de Corbentraz y Sura, caballero de Selimpia Citeior y de Fez, era ciertamente un modelo de soldado; pero a todos les era antipático.

II

La noche, para los ejércitos en campaña, está regulada como el cielo estrellado: los turnos de guardia, el oficial que los manda, las patrullas. Todo lo demás, la perpetua confusión del ejército en guerra, el hormigueo diurno del que lo imprevisto puede surgir como el encabritarse de un caballo, ahora calla, pues el sueño ha vencido a todos los guerreros y cuadrúpedos de la Cristiandad, éstos en fila y de pie, a ratos restregando un casco en el suelo o soltando un breve relincho o rebuzno, aquéllos liberados finalmente de yelmos y corazas, y, satisfechos de sentirse de nuevo personas humanas distintas e inconfundibles, todos ya están roncando.

Al otro lado, en el campamento de los Infieles, todo es igual: el mismo ir y venir de los centinelas, el jefe de la guardia que ve deslizarse el último grano de arena por el reloj y va a despertar a los hombres del relevo, el oficial que aprovecha la noche de vigilia para escribir a la esposa. Y las patrullas cristiana e infiel se adentran ambas media milla, llegan casi hasta el bosque, pero luego dan la vuelta, una por aquí y otra por allí sin encontrarse nunca, regresan al campamento para referir que todo está en calma, y se van a la cama. Las estrellas y la luna corren silenciosas sobre los dos campos adversos. En ningún sitio se duerme tan bien como en el ejército.

Sólo a Agilulfo le estaba negado este alivio. En la armadura blanca, completamente emperejilada, bajo su tienda, una de las más ordenadas y confortables del campamento cristiano, intentaba mantenerse boca arriba, y continuaba

pensando: no los pensamientos ociosos e imprecisos de quien está a punto de entregarse al sueño, sino siempre razonamientos determinados y exactos. Al poco rato se alzaba sobre un codo: sentía la necesidad de dedicarse a cualquier ocupación manual, como lustrar la espada, que ya estaba reluciente, o untar de grasa las juntas de la armadura. No aguantaba mucho: de nuevo se levantaba, y salía de la tienda, embrazando lanza y escudo, y su sombra blanquecina se deslizaba por el campamento. De las tiendas cónicas se elevaba el concierto de las pesadas respiraciones de los dormidos. Aquel poder cerrar los ojos, perder la conciencia de sí, hundirse en el vacío de las propias horas, y luego al despertar volverse a encontrar igual que antes, para reanudar los hilos de la propia vida, era algo que Agilulfo no podía saber, y su envidia por la facultad de dormir propia de las personas existentes era una envidia vaga, como de una cosa que no puede ni siquiera concebirse. Lo hería e inquietaba aún más la vista de los pies desnudos que asomaban aquí y allí por el borde de las tiendas, con los pulgares hacia arriba: el campamento durante el sueño era el reino de los cuerpos, una extensión de vieja carne de Adán, exaltada por el vino bebido y el sudor de la jornada guerrera, mientras en el umbral de los pabellones yacían desarmadas las vacías armaduras, que los escuderos y servidores por la mañana pulirían y pondrían a punto. Agilulfo pasaba, atento, nervioso, altivo: el cuerpo de la gente que tenía un cuerpo le producía, sin duda, un malestar semejante a la envidia, pero también un ansia que era de orgullo, de superioridad desdeñosa. Los colegas tan nombrados, los gloriosos paladines, ¿qué eran ahora? La armadura, testimonio de su grado y nombre, de las hazañas llevadas a cabo, de la fuerza y el valor, hela aquí reducida a una envoltura, a chatarra vacía; y las personas roncando, con la cara aplastada en la almohada y un hilo de baba que caía de los labios abiertos. A él no, no era posible descomponerlo en piezas, desmembrarlo: era y seguía siendo en cada momento del